

goces le encantan, y que para él está llena de los mas poderosos atractivos. Pero este amor á vivir que tan innato es en la criatura, debe indudablemente admitir alguna variacion proporcionalmente al menor ó mayor atractivo que sobre ella puedan tener los objetos destinados á formar su existencia. El que jamas conoció las delicias del regalo y se miró desde la cuna condenado á experimentar los efectos de la privacion y de la necesidad, ¿cómo habia de sentir tanto el abandonar la vida como el que nacido en la opulencia, nunca conoció el torvo y ceñudo aspecto de la indigencia, sino que vió multiplicarse á cada instante ante sus ojos el oro, los placeres y cuantos objetos pueden contribuir á vivir con gozo y alegría? El anciano que oprimido con el peso de los años arrastra con pena unos miembros inertes y sin fuerza, que no siente propension á objeto alguno placentero, á quien fastidian los goces materiales, para quien la naturaleza no tiene encantos, y ante quien dejaron de existir las halagüeñas esperanzas que un dia animaban sus espíritus y rejuvenecian su ser, ¿mirará la tumba con tanto horror como una jóven en la primavera de sus dias, llena de esperanza y de vida, á quien todo en la naturaleza sonríe y lisonjea, para quien todo es goce, placer, delicia, y cuyo corazon late á la vista de la variada escena de un mundo sembrado para ella de objetos seductores? Oh! ¡qué heroísmo es menester para renunciar á la existencia en esta edad florida, sobre todo cuando para conservarla basta solo una palabra, un consentimiento, una condescendencia!

Tal era, señores, el estado en que Ines se hallaba. Con solo haber consentido en dar la mano de esposa al hijo del prefecto romano, hubiérase visto colocada en el primer rango entre las damas de aquella ciudad, foco del placer y trono de la grandeza de todo el universo. Pero la fe prometida á un esposo celestial la hizo despreciar todos los honores mundanos, y en cambio de estos se vió rodeada de verdugos, de tormentos, de objetos de horror y de estremecimiento. Pero ¡oh gran Dios! Vos que robustecísteis el corazon de esa tierna vírgen para triunfar de sí misma y de los seductores halagos del amor, la armaréis de todo el brío necesario para vencer los tormentos y confundir á los tiranos á pesar de la debilidad de su sexo y de lo tierno de su edad. Ya la invicta heroína habia visto postrado á sus piés á aquel hombre que poco ántes ejerciera contra su pudor virginal

el mas bárbaro é inmoral suplicio. Ya aquel monstruo feroz amansado á vista de la súbita resurreccion de su hijo, obrada por la santa vírgen, habia arrojado sus impotentes armas, y confesándose vencido por el Dios que en ella combatia, mostrábasele favorable y deseoso de su libertad. Pero el Señor que la habia escogido para testigo irrecusable del poder de su fe, no quiso que quedase incompleto su triunfo. Ármase contra la santa vírgen todo el encono de los sacerdotes de los ídolos; amotínase el pueblo, y por donde quiera se oyen gritos sediciosos que piden con furor su muerte por maga, hechicera y sacrilega. Tales eran, señores, en aquella época de vértigo y de impiedad los dictados infamantes que se lanzaban contra los cristianos que rehusaban adherirse al culto de los ídolos! En vano Sinfroonio, movido de un sentimiento de gratitud, hace dimision de su cargo por no condenar á la muerte á quien era deudor de la vida de su hijo. Al antiguo magistrado sucede otro nuevo llamado Aspasio, quien sin otra forma de proceso, manda que al punto sea quemada viva.

¿Podré ya pintaros, amados oyentes, el placer que Ines experimentó al escuchar esta sentencia? ¿Me será dable ofrecer os una idea de los trasportes de júbilo que inundaron su corazon al ver se acercaba el momento de ser consumida en holocausto digno de su divino esposo? Bien así como si se hubiesen ofrecido á su vista los mas poéticos y embelesadores objetos, tenia clavados sus bellos ojos en aquella hoguera que ya comenzaba á encenderse. Abrasado su pecho de una llama mas eficaz y activa que el fuego preparado para atormentarla, parécela tarde el tiempo, y suspira por el instante de verse convertida en cenizas. Llegó este la vírgen es arrojada entre las llamas; mas los prodigios se renuevan, y la inocente niña, no ménos que aquellos tres ilustres jóvenes de Babilonia, marcha sobre las brasas sin experimentar la menor lesion, al tiempo que las llamas extendiéndose hácia los sacrilegos expectadores de la escena, se ceban en los verdugos y esparcen á su alrededor la desolacion y la muerte. Entre tanto óyese en medio de aquel lúgubre espectáculo un acento melodioso, la voz de la ilustre mártir que dirigiéndose á su divino esposo, le dice: « ¡Oh Dios digno de amor, de veneracion y de temor! yo os bendigo y ensalzo vuestras misericordias y los prodigios de vuestro poder. Fortalecida con vuestra fe he despreciado las amenazas

« de tiranos sacrílegos, he marchado intacta por entre el cen-
 « goso lodazal de la impureza, y ahora me hallo ilesa en me-
 « dio de un fuego consumidor. Confieso, Señor, que vuestro
 « santo nombre es digno de todo honor y de eterna alabanza,
 « os amo con todo mi corazón, y con todas mis entrañas deseo
 « unirme á vos para siempre. Tiempo es pues ya de mostrarme
 « los efectos de vuestra bondad, llamándome á recibir la co-
 « rona inmortal, objeto de todas mis ansias (1)! »

Serás escuchada ¡oh virgen impertérrita! y tus deseos no tardarán en verse cumplidos. Ya los coros angélicos girando en torno de tu cabeza se preparan á ceñir tus sienes con la doble diadema de la virginidad y del martirio. ¿No oyes cuál te convidan á elevarte de este suelo, guarida de leones y morada de leopardos, para ser coronada por esposa del rey inmortal de los cielos? Ah! corre presurosa al lugar del combate que ha de decidir para siempre el triunfo de la fe. Pronunciada está ya la sentencia, armado el ejecutor del acero homicida, y esperando un pueblo inmenso que ha de ser testigo de tu valor.

Dejemos aquí hablar al padre san Ambrosio, cuya elocuentísima pluma describe esta escena con unos rasgos tan admirables y brillantes, que no es posible imitar. « Vedla, dice, cómo
 « marcha impávida al lugar del suplicio con paso acelerado y
 « semblante risueño, bien así como una esposa cuando es con-
 « ducida al tálamo nupcial. Todos lloran de ternura al verla
 « tan pródiga de una vida que apenas comienza á disfrutar:
 « pero ella tranquila en medio del imponente aparato de la
 « muerte, mantiene la mas imperturbable serenidad. Llénanse
 « todos de asombro al verla dar un testimonio tan solemne de
 « la fe en una edad en que aun no es dueña de sí misma. ¿Qué
 « no hizo entónces el tirano para inspirarla el terror? ¿De qué
 « expresiones tan halagüeñas no usó para disuadirla de lo que
 « él llamaba un error? ¿Qué promesas no la hizo para obligarla
 « á aceptar la mano del que la convidaba con las delicias del
 « amor? Pero ella mas fuerte y animosa en proporcion del pe-
 « ligro, contesta: Sabed que haceis una grave injuria á mi es-
 « poso con solo pensar que yo pueda agradar á otro fuera de
 « él. Y volviéndose al verdugo... ¿Por qué te detienes? le dice
 « con voz resuelta, ¿á qué aguardas? ¡Perezca en buen hora

(1) *Eccles. in off. Sanctæ Agnetis. Die 21 Januarii.*

« un cuerpo que pudo tener atractivos á los ojos de un hombre
 « mortal, á quien jamas quise agradar! y diciendo... púsose
 « en oracion y dobló su cerviz para recibir el golpe de la espa-
 « da. Vierais entónces al verdugo estremecerse cual si él fuese
 « el reo preparado á sufrir el suplicio; vierais temblar convulsi-
 « vamente aquella diestra armada del acero, y palidecer de te-
 « mor sus labios miéntras que la tierna doncella permanecia
 « inmóvil sin vislumbrarse en ella el menor signo de debilidad.
 « Vierais... pero al fin llegó el momento; el hierro atravesó el
 « seno virginal de Ines: consumóse el sacrificio, y en una mis-
 « ma hostia ofreció á su esposo celestial dos oblaciones á cual
 « mas preciosas, la del pudor y la de la religion (1). » De este
 modo la fe que en la casta doncella habia triunfado victoriosamente de los halagos de la seducción, venció tambien los tormentos y confundió á los tiranos, y dió el testimonio mas auténtico de la divinidad de aquel Jesus que habia dicho por medio de uno de sus mas ilustres discípulos: el Señor elige á los mas débiles para confundir á los mas fuertes: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

He ahí, vírgenes cristianas, el modelo mas perfecto que de-
 beis imitar: hé ahí una regla viviente de conducta que debeis seguir. Vosotras que tan fácilmente os dejais alucinar del brillo deslumbrador de los placeres, de las riquezas, y de todo ese aparato de efímera grandeza con que el mundo ministro de Satanás os brinda á veces, para haceros consentir en lo que acaso está en contradicción con vuestra fe ó pugna con los intereses de vuestra conciencia, aprended de esa ilustre niña á despreciar con heroica resolución los halagos de seductoras pasiones, y á resistir con invencible constancia á las promesas de amantes profanos que á precio de vuestra eterna salvación intentan haceros víctimas de su desmedida lubricidad. La fe que fortaleció la debilidad de una niña que apenas habia salido de la infancia, haciéndola poderosa para resistir á los tormentos, á las amenazas, y á la misma muerte, os servirá tambien á vosotras de egida impenetrable para triunfar de todo cuanto pueda oponerse á los principios cristianos que habeis profesado. El esposo inmortal de los cielos que se dignó aceptar el sacrificio de Ines,

(1) *S. Ambros. De Virg. l. 1. post init.*

y compensó su heroísmo con una corona de inmarcesible gloria, aceptará también la oblacion de vuestra virginidad, y como á ella os ceñirá laureles eternos.

Y vosotros, incrédulos, que con desdeñoso desprecio os atreveis á insultar la religion de Jesucristo, venid y admirad la doble victoria de la fe, la apología mas ilustre de la divinidad, que hoy ofrece al universo la vírgen Ines: *Venite contemptores et admiramini*. ¿Qué teneis que oponer contra una religion que engendra tanto valor, que da tanta superioridad de ánimo, que reviste de una fuerza tan irresistible á los que fuertemente adheridos á sus máximas, combaten contra el error? ¿Apelaréis todavía á las gastadas voces de preocupacion y fanatismo que tan frecuentemente se hallan en vuestros labios? ¿Cabe ese fanatismo en una niña que no puede conocer ni aun el sentido de esa voz? ¿Es posible la preocupacion en un corazon tan tierno, en una alma extranjera de todo punto á los humanos ardides? Veis á la debilidad mas extrema combatir contra un desmesurado poder; á una edad tierna triunfar de los rigores de la mas implacable crueldad; á un sexo frágil resistir á las emponzoñadas promesas de la opulencia; á la virginidad luchar con el repugnante monstruo de la lubricidad; veis á Ines que entre las cadenas insulta á la tiranía; en medio del fuego se burla de las llamas; en el seno de la corrupcion hace brillar la castidad; á presencia del hierro anima á los verdugos, y muere entre trasportes de inexplicable júbilo, cuando todos se miran llenos de temor, ¿y aun dudais del triunfo de la fe? Dudad en buen hora cuanto quisieris: la fe no quedará ménos victoriosa por vuestra obstinacion. El cristianismo todo ensalzando hoy las glorias de Ines, y celebrando su doble triunfo, celebra el triunfo y ensalza las glorias de aquella religion cuyos mártires son una de las pruebas mas positivas de la Divinidad.

Sí, Dios excelso y grande, en cuya mano reside el poder y la fuerza, vos que en los inescrutables designios de vuestra sabiduría elegis á los mas débiles del mundo para confundir á los mas fuertes, escogisteis á santa Ines para glorificar vuestro santo nombre y extender los términos de la fe, haciendo que por su medio consiguiese el triunfo portentoso que hoy admiramos. ¡Gloria pues á vos, Señor, en lo mas excelso de los cielos, gloria á vuestra religion, gloria á vuestra fe sacrosanta! ¡Honra

y prez á vuestra insigne sierva y esposa castísima, que tan bellos ejemplos ha legado al mundo! Escuchad por su intercesion los ruegos que os dirigimos en este dia, y concedednos como á ella valor, fuerza y constancia en la fe que os prometimos profesar, para que triunfando con sus auxilios, á imitacion de vuestra ilustre vírgen, de nosotros mismos, de la seduccion, y de todos los peligros, merezcamos un dia ceñir nuestras sienes con la corona de la inmortalidad.